

esta monografía, que contribuye a un mejor conocimiento de una más de las academias que conformaron la red de instituciones de sociabilidad cultural en el siglo XVIII, tanto en España como en Europa.

Formalmente el libro se divide en dos partes netamente diferenciadas: la primera, compuesta por dos capítulos, versa sobre los orígenes y la organización institucional de la academia; la segunda y principal, integrada por cuatro capítulos, profundiza en la actividad intelectual y cultural realizada por la sociedad, especialmente en los campos de la historia, la literatura y la lengua catalana. Cierran el libro la conclusión y los útiles apéndices, con la lista de académicos y algunos otros documentos destacables.

El estudio comprende un periodo cronológico que se inicia en 1700 y concluye en julio de 1807. La elección de esta última fecha requiere una mayor justificación que la primera y la autora lo explica con claridad. En el umbral del siglo se formó la Academia de los Desconfiados de vida efímera, pero de la cual la Real Academia siempre se consideró deudora. Por el contrario, tres son las razones que alega para elegir 1807 como límite final de la investigación: la interrupción de las sesiones y de la actividad académica debido a la Guerra del Francés, así llamada en Cataluña; el fin del periodo de Godoy como Presidente de la Academia y, por último, la ausencia desde 1806 de los índices de los redactores del *Seminario de la Real Academia de Buenas Letras*, una fuente interna de vital importancia para la reconstrucción de la actividad intelectual de la sociedad.

El análisis que con maestría hace Mireia Campabadal sobre la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona (RABLB) arranca en los antecedentes primero con la Academia de los Desconfiados (1700-1703) y después con la Academia Literaria de Barcelona (1729-1752). El primer cenáculo se formó en torno a Pau Ignasi de Dalmases i Ros,

CAMPABADAL I BERTRAN, Mireia.

*La Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona en el segle XVIII. L'interès per la història, la llengua i la literatura catalanes.* Barcelona: Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2006.

El libro que comentamos constituye un estudio sobre una de las más insignes instituciones de la cultura catalana en el siglo XVIII: la Real Academia de Buenas Letras. La autora ha tenido el gran acierto de elegir un objeto de estudio sobre el que existían referencias y valoraciones de tipo general y, a veces, un tanto superficiales, pero del que carecíamos de una investigación profunda y cuidadosa como la que ella plantea, basada en documentos y fuentes primarias. Por tanto, debemos felicitar a Mireia Campabadal por su audacia e inteligencia al abordar este tema y congratularnos por la publicación de

marqués de Vilallonga, un aristócrata local que reunió en su casa a destacados representantes de la nobleza barcelonesa, con el doble objetivo de reforzar los lazos sociales entre iguales y compartir discursos o lecturas poéticas. Una vez más, al igual que en el caso de la Academia Española o de la Historia por citar sólo los casos más conocidos, nos encontramos con un impulso de carácter privado y una mentalidad renovadora, como el propio nombre de Desconfiados indica, en el germen de una sociedad erudita. Un comienzo brillante marcado por tempranas publicaciones poéticas (*Nenias reales* en 1701 o *La armonía del Parnàs* en 1703) que, sin embargo, no pudo mantenerse al margen del conflicto político ocurrido tras el fallecimiento sin descendencia de Carlos II. La naturaleza erudita de la sociedad se vio alterada por la división interna de los académicos entre austracistas y borbónicos, lo que llevó a la disolución formal de las reuniones académicas.

Este hecho, además de mostrar la fragmentación que se produjo en la sociedad barcelonesa de la época, vendría a matizar la interpretación de que la sociabilidad en la Ilustración fue primero literaria y posteriormente se politizó, de la mano de la formación de una opinión pública crítica y de la ampliación de la esfera pública. Cuando menos en este caso podemos señalar que un grupo interesado por el conocimiento no pudo mantenerse al margen de un conflicto del calibre de la Guerra de Sucesión, con lo que los ámbitos, los espacios y los intereses podían estar más interconectados de lo que pensamos y queremos ver, y que tan sólo requerían de una oportunidad política para manifestarse.

No obstante, en 1729, en un contexto político y social más definido, los descendientes de los Desconfiados retomaron el proyecto bajo el nombre de Academia Literaria y desde 1736 comenzaron las oportunas gestiones políticas en la Corte para

obtener la protección del Rey. No la consiguieron hasta 1752, tras las decisivas intervenciones y negociaciones del por aquel entonces Director de la Real Academia de la Historia (RAH), Agustín de Montiano y Luyando, y del marqués de Llió, que fue primer Director de la ya Real Academia de Buenas Letras, ante el ministro José de Carvajal y Lancáster.

La actividad intelectual de la Real Academia a lo largo del siglo se desplegó en tres grandes frentes, que constituyen también el núcleo central del libro de Campabadal: la historia, la literatura y la lengua. Escribir una historia de Cataluña fue uno de los fines primordiales de los académicos incluso desde antes de 1752, sin embargo se tardó un tiempo en concretar, si así lo podemos llamar, el objetivo. Las primeras disquisiciones y trabajos de la Academia Literaria fueron sobre metodología histórica, sobre la utilidad de esta disciplina o sobre las ramas que comprendía. En definitiva, todo lo que implicaba sentar las bases críticas de la Historia en la línea iniciada por Mabillon y los eruditos benedictinos, y que ya había calado hondo en la Península. De hecho, la Academia Literaria barcelonesa aparece en algunos documentos bajo el nombre de Academia de Historia y Buenas Letras de Barcelona, y el estudio de la historia de España y Cataluña figuraba entre sus cometidos. El reconocimiento oficial a mitad del siglo y la existencia de la Real Academia de la Historia desde 1738 supuso optar por la historia de Cataluña, como propia del Principado y complementaria a la del resto de España.

Montiano bien podría haberle advertido al marqués de Llió de la magnitud del objetivo de los académicos catalanes, dada la experiencia que tenía como director de la corporación madrileña, y de las múltiples complicaciones que la tarea presentaba. No nos consta que le informara de los retrasos que sufría el Diccionario-Crítico de la RAH, probablemente porque ambos estaban

imbuidos de la importancia y necesidad de la empresa que sus sociedades tenían entre manos. Sin embargo, la RABLB tropezó en el mismo mojón que su hermana mayor: tratar de asentar la Historia sobre bases críticas implicaba un enorme esfuerzo de recopilación y edición de fuentes, de búsqueda de los documentos, inscripciones, monedas o medallas auténticos, de cuestionamiento de los falsos y un sinfín más. Todos estos esfuerzos y proyectos preparatorios raramente tenían una repercusión pública, lo cual no quita mérito al trabajo realizado por los académicos de la barcelonesa y que Campabadal desgrana con erudición. No obstante, sí se beneficiaron de la publicación de un trabajo previo sobre crítica histórica que ya había redactado José Mora y Catà, marqués de Llió: *Observaciones sobre los principios elementales de la historia* (1756).

A la historia se unió la lexicografía y el proyecto de elaborar un diccionario de la lengua catalana, junto con una gramática y una ortografía. Como demuestra la autora esta idea ocupó a los académicos mucho tiempo, discusiones en sesiones y un gran esfuerzo de preparación. La decadencia, tanto desde el punto de vista humano como económico, que la corporación experimentó a finales del siglo XVIII fue la causa principal de que esta obra permaneciera inconclusa como tal. Sin embargo, tres académicos, Joaquim Esteve, Josep Bellvitges y Antoni Juglà, publicaron entre 1803 y 1805 el *Diccionario catalán-castellano-latino*. Si fue el producto de un trabajo individual de tres miembros de la corporación o el resultado de un impulso colectivo es cuestión que Mireia Campabadal discute en detalle aportando pruebas que inclinan la balanza hacia la primera opción, aunque lo cierto es que la obra fue recibida como si hubiera sido una empresa de la sociedad. Realmente esta es una cuestión que siempre nos planteamos los investigadores de insti-

tuciones colectivas, aunque integradas por individuos cuyo grado de compromiso con los proyectos conjuntos es heterogéneo. Dar una respuesta categórica suele ser bastante complicado porque la ciencia o la investigación dependen de valores y esfuerzos individuales, pero también de las instituciones y los medios que los cobijan.

En cualquier caso, este diccionario, al igual que otros trabajos o proyectos de la Real Academia, ha sido objeto de valoraciones antagónicas posteriores: desde que facilitaba la desnacionalización lingüística de Cataluña hasta que era una forma de reivindicar la cultura catalana. La autora con gran valentía, con una enorme sabiduría, derivada de su conocimiento profundo de las fuentes primarias de la sociedad y de la bibliografía, y plenamente consciente de la verdadera esencia de un trabajo de investigación matiza estas afirmaciones tan dispares, aporta documentos y aclara los fines que pretendían conseguirse con el diccionario. Se trataba, sin duda, de recuperar la lengua catalana, pero también de fijar su uso y sus normas precisamente para evitar la degradación del idioma, al igual que había hecho la Real Academia de la Lengua con el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739) o la *Accademia della Crusca* que había publicado el diccionario del italiano en 1612. El catalán había dejado de ser una «lengua erudita» —según expresión de Gregorio Mayans— y por eso, los académicos trabajaron para evitar su corrupción y preservar su uso. Esto no encerraba ningún desprecio o exaltación de una u otra lengua, ni perseguía fines políticos últimos, sino que era un proyecto que se enmarcaban dentro de la tradición enciclopédica de la Ilustración y de un decidido impulso cultural y educativo. Las proyecciones y valoraciones posteriores han sido las que han empañado los objetivos académicos, especialmente a partir del siglo XIX.

De la misma forma, se ha utilizado como argumento para cuestionar el papel de la Real Academia en el siglo XVIII el hecho de que los académicos hablaran en catalán dentro de la corporación, pero que la lengua que utilizaban para la comunicación oficial fuera el castellano. Por otro lado, la mayor parte de la producción poético-literaria de los académicos se escribía en castellano, lo que no implicaba que también compusieran versos en catalán y en latín. La explicación, como señala la autora, es bastante sencilla, ya que el castellano, al menos durante buena parte del siglo XVIII, se identificaba con la lengua culta y erudita, aunque el catalán nunca se perdió. Estas son algunas de las conclusiones que expone Mireia en el capítulo dedicado al tercer gran eje de actividad académica: la literaria y poética. Para sintetizar y analizar mejor la ingente documentación sobre este tema recurre con gran tino a la metodología cuantitativa, que le permite establecer una tipología sobre la relación entre el tema de la composición y la lengua de la misma, o sobre los académicos y los periodos más intensamente productivos.

Finalmente, en el capítulo de conclusiones aborda tres cuestiones que planean a lo largo de todo el libro: la relación entre los académicos y la Ilustración, la discusión sobre si se habían perdido documentos del archivo académico que dificultaban la reconstrucción de la actividad poético-literaria y, por último, el papel de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en relación a la cultura catalana del siglo XVIII. Todas son cuestiones controvertidas que, sin embargo, Mireia Campabadal no sólo no evita sino que discute con conocimiento y buen juicio.

En definitiva, la autora ha sabido con gran solvencia bucear en el farrago documental y desplegar una capacidad de síntesis encomiable. Como he señalado al principio, este libro contribuye a un mejor conoci-

miento de la red de instituciones de sociabilidad del siglo XVIII, a reconstruir el mundo cultural catalán de la época y a aclarar muchas distorsiones históricas. Sólo me queda animar a Mireia a que continúe con sus investigaciones, que son del máximo interés para los dieciochistas.

Eva Velasco Moreno